



Esta historia empieza a finales del verano de 1994 y el escenario de los hechos es Holanda. «Pues muy bien», dirás tú. O a lo mejor estás pensando: «¿Y a mí qué me importa?». Sin embargo, se trata de dos datos muy importantes, porque sin esa información podría ser que no entendieras nada.

Aquel verano la Tierra era tan redonda como ahora y la coca-cola estaba mucho más rica fría, exactamente igual que ahora. Eso no ha cambiado.

Y aquel verano, los holandeses jugaban al *futbolardo* con el mismo entusiasmo que hoy en día. «Espera, espera... ¿qué has dicho? ¿El futbolqué?». Ah, claro, esto tengo que explicarlo. El *futbolardo* es un juego muy popular en los colegios holandeses. Es una especie de fútbol en el que juegan todos contra todos. Cada uno tiene un bolardo y el juego consiste en intentar derribar con el balón el bolardo de los demás al tiempo que defiendes el tuyo. El que más bolardos derriba, gana. En eso, la cosa tampoco ha cambiado.

Pero había otras cosas que eran distintas a finales del verano de 1994. Por ejemplo, nadie estaba localizable a todas horas como ocurre hoy en día, porque los teléfonos móviles todavía no existían. O bueno, sí existían, pero solo tenían uno las personas muy requeteimportantes, como la reina de Holanda. Aunque la reina de Holanda, a decir verdad, nunca estaba localizable para nadie.

A finales de aquel verano la leche semidesnatada caducaba bastante antes de lo que estamos acostumbrados ahora, y para comprar un cartón o una botella, los holandeses tenían que pagar con florines, porque todavía no existía el euro.

¿Y sabes qué otra cosa era también muy distinta? ¡Los ordenadores! A finales del verano de 1994 los ordenadores eran tan lentos que parecía que iban a pedales, aunque tampoco era muy grave, porque internet era muy minoritario y solo tenían acceso a él las personas muy requeteimportantes, como la reina, que, de todas formas, solo enviaba dos o tres correos electrónicos por semana, porque a finales de aquel verano tampoco es que hubiera muchas personas requeteimportantes con una cuenta de correo electrónico.

Seguramente te estarás preguntando: «¿Y qué hacía la gente todo el día sin internet?». Ni idea. Yo tampoco lo sé. Pero es posible que de vez en cuando leyeran un libro, vieran la tele o visitaran a sus amigos. Y también puede ser que anduvieran muy liados bebiendo leche, porque si no se les pasaba

de fecha y tenían que tirarla. En cualquier caso, lo más probable es que la mayoría de la gente se trajera algo entre manos, de modo que no veo ningún motivo para preocuparnos por lo que hacían o dejaban de hacer. Además, da exactamente igual lo que hicieran, porque esta historia trata de algo muy distinto; algo que en Holanda es obligatorio para todos los niños: el diploma de natación. Porque en un país con tanta agua por todas partes es imprescindible tener un diploma de natación para participar en muchas actividades. O dicho de otra forma: sin diploma de natación eres un *pringao*.

En 1994, los diplomas de natación obligatorios en Holanda eran el A y el B. Para sacarte el A había que nadar varios largos a braza y varios largos a espalda, una parte en bañador y una parte vestido con una camiseta y un pantalón vaquero cortado a la altura de la rodilla. Y para terminar había que hacer la bicicleta durante un minuto. «¿Hacer la bicicleta? ¿Pero eso no es un regate de fútbol?». Sí, pero en natación, hacer la bicicleta es aguantar en el mismo sitio con la cabeza y las manos fuera del agua, moviendo únicamente las piernas. Y eso era todo. Si superabas esas tres pruebas, te daban el diploma A, el más básico. Para conseguir el B tenías que hacer lo mismo, pero nadando distancias más largas y haciendo la bicicleta durante más tiempo. Y también había que bucear siete metros. Eso era lo más difícil. Luego había otros diplomas de nivel superior que llamaban «licencias», pero no sé qué había que ha-



cer para sacárselos, porque yo nunca pasé del B. Si te interesa, puedes buscarlo en internet, que hoy en día va a toda velocidad. Y ya que buscas, mira a ver si la reina de Holanda está conectada.

Y ya está. Eso es todo lo que debes saber sobre cómo eran las cosas en Holanda a finales del verano de 1994. ¡Ahora ya puedes empezar a leer!

El autor

El jueves es el peor día de la semana. Los martes tengo clase de piano después del colegio y si no llevo la lección preparada también lo paso muy mal, pero nada que ver con el jueves. El jueves es tan horrible que el miércoles ya me empieza a doler la tripa.

Ahora todavía estoy de vacaciones de verano, lo cual significa que el jueves es un día libre, tan placentero como todos los demás. Pero ya falta poco para que vuelva a empezar el cole y los jueves sean otra vez un drama.

Mi madre me va a llevar a comprar un bañador nuevo. Ella sabe muy bien lo horribles que son para mí los jueves y, por eso, me ha dicho que puedo elegir el bañador que yo quiera. El precio no importa.

—¿Y por qué esta vez no importa el precio? —le pregunto.

Ella me contesta que debo elegir un bañador con el que me sienta a gusto, porque eso ya sería un

buen comienzo. Y, según ella, un buen comienzo es la mitad del camino.

— Yo nunca me siento a gusto en bañador.

— Tú espera y ya verás — replica ella —. Te voy a llevar a un sitio especial.

En vez de coger la bicicleta para ir a los grandes almacenes donde trabaja la hermana de Bart, que están en el centro, nos metemos en el coche. La hermana de Bart se llama Tamara y tiene las tetas muy grandes, pero con Bart es mejor no sacar ese tema porque tampoco es algo que le interese mucho. Además, ahora eso no importa, porque mi madre me lleva en dirección al puerto. Al parecer se ha enterado de que allí venden los bañadores más chulos de la ciudad. Es decir, los más caros.

Aparcamos delante de una tienda con una hilera de tablas de surf apoyadas contra la fachada. De la marquesina cuelgan trajes de neopreno grises y negros.

— Aquí es — anuncia mi madre.

Al bajar del coche le digo que primero vamos a mirar.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Pues que no hace falta que llames a un vendedor nada más entrar.

— ¿Y por qué no?

— ¡Mamá!

No soporto que mi madre se vaya directamente hacia un vendedor en cuanto entramos en una tienda. Nueve de cada diez veces dice cosas tan ridículas que me hace sentir vergüenza.

Mi madre se pone a canturrear y me coge de la mano, pero yo me suelto inmediatamente. Entramos en la tienda.

En la tienda huele a goma y a nuevo. Y también huele un poco a arena, sal y trocitos de concha entre los dedos de los pies. Un chico rubio de tez morena nos observa desde la caja, con los codos apoyados en el mostrador. Tiene el pelo largo y lo lleva sujeto con unas gafas de sol en las que se refleja el techo. Luce lo que mi madre llamaría una barba de tres días, aunque a mí me parece más bien una barba en toda regla. Lleva un pantalón de cuadros que acaba justo debajo de sus rodillas, porque lo lleva colgando a medio culo, pero que en realidad es más corto. Por encima del pantalón se ve una banda ancha de color rosa: la goma de su bóxer. Por lo demás, lleva una camisa gris clara y va descalzo, aunque a su lado hay unas chanclas muy gastadas, listas para ponérselas en cualquier momento. O a lo mejor se las acaba de quitar, quién sabe.

— ¿Puedo ayudaros en algo? — nos pregunta.

Mi madre y yo somos los únicos clientes que hay en la tienda, de modo que el vendedor dispone de todo el tiempo del mundo para nosotros. Se trata, además, de un chico que transmite precisamente esa imagen: la de alguien con todo el tiempo del mundo.

Mi madre seguro que está encantada, porque le gusta que la gente disponga de todo el tiempo del mundo para ella. Y hasta tal punto es así, que al instante se olvida de lo que le he dicho hace medio minuto.

—Sí, gracias —contesta—. Este caballero necesita un bañador nuevo.

Se refiere a mí, obviamente. Pero si de verdad me tomara en serio no olvidaría tan fácilmente lo que acaba de acordar conmigo y no andaría por ahí llamándome caballero. Llamar caballero a un señor tal vez quede muy formal y muy educado, pero a) yo soy su hijo, y b) tengo nueve años, de modo que ¿por qué narices me llama caballero? No tiene ningún sentido.

Avergonzado, desvío la mirada hacia la otra punta de la tienda. No es que sea un local muy grande. Intento calcular mentalmente si es más grande que mi clase del colegio. Quizá un poquito. O tal vez sea más pequeño. No sé. De lo que no cabe ninguna duda es de que está mucho más lleno de cosas.

De pronto experimento una extraña sensación en la garganta, porque acabo de ver un loro a escasos metros de nosotros. Está tan pancho en lo alto de una tabla de surf. Y está suelto. Es decir, que no está metido en una jaula. Y los loros sueltos me dan miedo. Mucho miedo.

—Pues habéis venido al mejor sitio —dice el dependiente—, porque aquí tenemos todos los bañadores que queráis y más.

Con el rabillo del ojo veo que mi madre asiente, pero ya no puedo quitarle la mirada de encima al loro, que ahora gira la cabeza varias veces a uno y otro lado. Es muy posible que él también me haya visto. Podría ser que echara a volar y se posara en

mi cabeza. O peor aún: podría desgarrarme el cuello con las uñas o sacarme los ojos con el pico. Ese loro me da pánico. Quiero que nos vayamos de esta tienda cuanto antes.

—Veo que ya has localizado a Mister John —dice el dependiente.

Se refiere a mí. Y Mister John es el loro.

—¡Johnny Boy! —llama el vendedor a su mascota—. ¡Aquí!

El loro abre las alas y echa a volar en dirección al mostrador. Sin poder evitarlo, dejo escapar un grito.

—¡Alehop! —sonríe el dependiente—. Tranquilo, no tengas miedo.

Mi madre suelta la risita estrafalaria y aguda que tiene reservada para cuando no sabe qué decir. Entretanto, el loro ya se ha posado en el hombro de su dueño.

—No os preocupéis, no hace nada. ¿Verdad Johnny Boy?

—*¡No hace nada! ¡No hace nada!* —repite el loro.

—¡Uy, pero si habla! —exclama mi madre.

Noto que mi miedo se atempera un poco y desciende desde un punto muy alto de mi garganta hasta algún lugar de mi bajo vientre. Nunca había oído hablar a un loro. Que los loros pueden hablar es algo que ya sabía, por supuesto. Pero jamás me habría imaginado que su voz suena así. ¡Parece una persona!

No creo que Mister John ataque a ningún cliente, porque de lo contrario ya habría venido la policía

hace tiempo a cerrar la tienda y yo no estaría aquí con mi madre, sino que habríamos ido en bicicleta al centro a buscar un bañador, tal vez en los grandes almacenes donde trabaja Tamara. Y por eso llego a la conclusión de que puedo confiar en el dependiente y en Mister John. Este loro no hace nada.

—Venid conmigo —dice el vendedor poniéndose las chanclas—. Johnny Boy y yo os vamos a ayudar a elegir el bañador más molón de todos, ¿verdad Johnny?

—¡*Molón, molón!*

Mi madre y yo seguimos al dependiente. Mister John sigue encima de su hombro y ni se inmuta con el movimiento.

—Aquí está la buena mierda —nos anuncia el rubio señalando un perchero lleno de bañadores.

Mister John repite las dos últimas palabras de su dueño sin que nadie se lo pida. A mi madre no creo que le haya hecho mucha gracia, pero no dice nada. El dependiente también hace como si no hubiera ocurrido nada y se pone a buscar entre las perchas.

—Supongo que quieres un *short*...

—¿Un qué? —pregunta mi madre.

—Sí, pero largo —contesto yo asintiendo al dependiente, al tiempo que saca del perchero un bañador demasiado grande y con demasiados floripondios.

—¿Algo así?

Mi madre parece aliviada al ver que a mí tampoco me gusta. Todavía no ha olvidado que puedo elegir

el bañador que yo quiera y que, por lo tanto, uno muy grande y con muchos floripondios también estaría entre las posibilidades.

—No —le digo—. Algo que no sea tan llamativo. Y no tan largo.

—Tiene que sentirse a gusto con su elección —explica mi madre.

Ahora podría decir otra vez, sin faltar a la verdad, que yo nunca me siento a gusto en bañador. Pero sería un poco desconsiderado con el chico de la tienda, porque da la casualidad de que él vende bañadores, y a nadie le gusta vender algo que sus clientes detestan. Además, mi madre me ha traído aquí especialmente para comprar un bañador, y el vendedor no puede saber cuál es mi problema, porque no se lo he contado. De hecho, no se lo he contado a nadie. Ni siquiera a Bart.

—¡Ajá! —exclama el dependiente.

A lo mejor se cree que me comprende, pero en realidad no entiende nada.

—Estamos buscando un bañador para las clases de natación del colegio —aclara mi madre.

Johnny Boy vuelve a intervenir en la conversación y su graznido resuena por toda la tienda.

—¡*Clase de natación! ¡Clase de natación! ¡Clase de natación!*